



BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA

Volumen XCVI N° 198
Julio-diciembre 2017
Quito-Ecuador



BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

**Volumen XCV
Nº 198**

**Julio–diciembre 2017
Quito–Ecuador**



ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR:	Dr. Jorge Núñez Sánchez
SUBDIRECTOR:	Dr. Franklin Barriga López
SECRETARIO:	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
TESORERO:	Hno. Eduardo Muñoz Borrero
BIBLIOTECARIA-ARCHIVERA:	Mtra. Jenny Londoño López
JEFA DE PUBLICACIONES:	Dra. Rocío Rosero Jácome
RELACIONADOR INSTITUCIONAL:	Dr. Vladimir Serrano Pérez

BOLETÍN de la A.N.H.

Vol XCV

Nº 198

Julio–diciembre 2017

© Academia Nacional de Historia del Ecuador

ISSN Nº 1390-079X
e-ISSN Nº 2773-7381

Portada

Monumento a Vicente Rocafuerte
en la ciudad de Guayaquil

Diseño e impresión
PPL Impresores 2529762
Quito
landazurifredi@gmail.com

enero 2019

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

SENDEROS HISTÓRICOS DE PATATE

Pedro Reino Garcés¹

Las primeras herencias

Sabemos que los hijos, cuando muere su ancestro, heredan cosas que siempre sirven para empujarlas al olvido, casas dolorosas, chozas para quemarlas en los veranos de odio, tierras que siempre deben ser para la tierra y nunca con linderos para acorralar a la gente. Son pequeñas o grandes fortunas en la dimensión de los afectos más que de las codicias. Sabemos que se necesita parentesco y filiación para acceder a un legado. Yo y esta tierra de Tungurahua, nosotros y esta patria jaloneada por las jaurías de la codicia. Siento que tengo heredades de palabras por todos los costados. Siento que salen a mi paso ciertas sombras profundas, buscando el otro ojo que olvidaron en la vida. Me vienen por todos los horizontes por donde oigo que resbala algún hueso que todavía me acompaña en la ilusión de que ir reconstruyendo las certezas.

Saramago, el Premio Nobel, me cuenta que mientras procuraba conciliar el sueño bajo una higuera, junto a su abuelo analfabeto, este le contaba episodios de muertes antiguas, escaramuzas de palo y piedra, palabras de antepasados, *“un incansable rumor de memorias que me mantenía despierto, al mismo tiempo que suavemente me acunaba”* (Discurso al recoger el Premio Nobel, 1998). Mientras pienso en el viejo que escribió sobre la ceguera, también me acuerdo de las palabras de mi madre que sin haber oído nada de este hombre, debe saber, ahora que se pasa viviendo su muerte, que como aquel, no podré dejar de decir lo que pienso, ni que por ello vaya a tener que esconderme.

¹ Licenciado en Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, por la Universidad Central del Ecuador, Quito. Magíster en Lingüística Hispánica por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, la Universidad Iberoamericana de Posgrado y la Organización de Estados Americanos (OEA). Poeta, fructífero lingüista y semiólogo; apasionado cultor del relato y la novela.

Esto no es Francia, no es España ni el Portugal de Saramago; y sin embargo, mucho de lo de ellos empujaron, de esos fantasmas, son los que pululan por estas cordilleras, de modo soterrado. Se siente como algo escondido en ciertos ojos azules, entre las piasas que gruñen a los dos lados del mar o entre los rezos de los campesinos debajito de la luz de las estrellas.

Tal vez en este insomnio desde el que estoy hablando ante vosotros se me ha ocurrido hablarles de herencias y legados. Quiero decirles que también tengo herencia en esta tierra: ovejas petrificadas en Asaipag en las proximidades de Tontapí. En los páramos de Ayto y en Cachu-urco, donde el cerro guardó sus cuernos, y en donde tengo arrumadas mis rebeldías confusas. El agua repleta de mis ojos es de Cocha-loma y de la laguna de Cocha-tagua. Y como la vida tan solo es un momento, he sentido caer en mis adentros la chorrera Mesa-tablón del río Chalapí. Dentro de mí está la Chaupi-estancia en las proximidades de Tontapí. He cogido con mis manos el aire de Chilli-pata y he lavado mis fríos desengaños en Chiri-yacu, cercana a la quebrada Colorada. Un día me puse a buscar piedritas en mis caminos por Cholapí, cerca de un puente; en Gualalón de Torre-urco; en Guambo, en Guayupí, por donde se va a Tontapí chico; en Jaya y en Ischaquina. Yo y ustedes saben que solo son palabras, mon-toncitos de piedras que quedaron sin memoria por tantos pisotones del destino.

Has dejado buenas “llangas” sin sembrar, me reclamaban en el lenguaje de mi niñez rural. Y no sé por qué vuelvo a la memoria del campesino Saramago. Pero cuando volví de lejos, desde el Instituto Caro y Cuervo, estudiando lo que valen las palabras pisoteadas, me di cuenta que había unas llangas de atis por estos lados. Qué ganas de saber más de esos señores escondedores de oro, de esos que acaso hacían rituales en las chorreras para renacer como el sol, brillantes en la desnudez del oro en polvo.

A la pata del río, los señores atis algún día acaso remuevan sus historias para hablarnos de largo sobre sus suicidios colectivos, sobre sus cementerios en la pata de los cerros que se dicen pata-ati-urcus. Yo mismo he preguntado a sus calaveras desenterradas, a sus

vasijas vaciadas de la muerte, a las ollas que hacen el amor con sus sexos de barro mientras el pueblo duerme sin sueño tapándose con lomas en su angustioso olvido. Solo ha respondido la muerte reseca, huaqueada, impávida, que enajena y comercia nuestras más queridas pertenencias.

Díganme alguien, Por qué se llama ese cerro Yaguar-urcu? ¿Por qué es un cerro de sangre? ¿Desde cuándo está la sangre en la montaña? Tengo las palabras que he subido a desenterrarlas en la loma de Patate-urcu donde el barro llorando vasijas vaciadas de memoria, en silencio han salido muchas veces a mi encuentro con sus huesos descarnados, a pedirme que les devuelva un poco de la luz que tiene la sangre que suele coagularse en las cortaduras de mis sílabas. Sentados al borde de la laguna, en Sudagua, he oído una lluvia de huesos resbalarse por los laberintos y quedarse a mojar los precipicios en donde los dioses me dejaron frente a frente con los ojos insepultos de los indios caídos en el olvido.

De pronto, quiero que ahora oigan dos tambores. Hagamos un silencio de diez siglos para volver a oírlos. Un tambor terrible y viejo está sonando en Jatun-taqui en Imbabura, el otro está sanando aquí en Pata-ati. El de acá suena: Ambabaquí, Inapí, Puñapí, Tontapí, Yataquí, Chalapí, Cholapí, Guayupí, Llutupí, Quichipí. Tengo que decirles que todas son palabras de agua.

El viejo tambor del Imbabura me contesta: Pical-quí, Pinsaquí, Urcu-quí, Cahuas-quí, Tauri-quí, Ambu-quí, Pusu-quí, Pomasquí, Ara-quí, Quinchu-quí. Caran-quí, Cayan-quí. Cochás-quí. ¿Díganme si no suenan iguales? Allá también me gritan los tambores de agua. ¿Vinieron o se fueron? ¿Por voluntad propia o por ajena?

¡Ah! Pero he venido porque tengo algo que contarles. Se trata de unas piedras que si las hubiera visto Octavio Paz habría dicho algo así como que fueron labradas para matar y recrear ternura en corazones de mujeres. Rumores de vientos perversos vuelven desde la ucu-pacha, de los mundos que tenemos debajo de lo que pisamos. ¿Será verdad que mataban por amor? ¿Qué religión no ha practicado la muerte para creer, hacernos creer y predicar la resu-

rección? Octavio Paz que heredó directamente las pirámides de sacrificios de sus aztecas habría exclamado “aquí también se desmoronan las fantasmales convenciones de que está hecha nuestra realidad”. Conuerdo y me reafirmo en la creencia de que el hombre no es sino un atado de deseos.

Queda todavía una sola piedra en Puñapí, abandonada, quien sabe mal pulida por las urgencias de la muerte. La piedra de Pantabí en Imbabura luce más segura. Es una cuna dura lista para recoger la sangre de las niñas que pasan a mujeres. Se decía que ellas debían ir al cielo con su primera sangre. Y allá están, sonriendo frente a nuestro recuerdo ingenuo. Dicen que ellas amaban el cuchillo del verdugo que las sangraba por el cuello para que un sacerdote beba perversidades en esas misas repletas de solemnidades. Eran rituales de oficiantes de un Cristo antes de Cristo. Sabemos que la ciencia busca las evidencias y pelea contra los mitos. Por ahora nosotros, los investigadores, les ofrecemos nuestras pruebas. Las piedras han quedado aquí y allá, pisoteadas por las cruces redentoras de los caballos y derrumbadas por las huaracas incas que preferían pallas y ñustas para el deleite de señores de rangos militares Auca piñas, Janan-collas. ¿Será verdad que todas ellas se convirtieron luego en las “palomas” que las desplumaba los sábados rituales ese taita dios que vino con hacha y todo a vivir en Leito?

“Venta y compra del pueblo de San Cristobal de Patate” 1783

Vamos a la hacienda legendaria y mitológica de San Ildefonso que está en los términos del pueblo de Pelileo. Es un 11 de enero de 1783. Allí *“pareció presente, ante el notario, un vecino de Pelileo llamado Don Santiago Ximénez, y Don Ramón Puente, Capitán de Caballería de las Milicias de dicho pueblo y Teniente Juez Ordinario, como su fiador. Y dijeron que habiéndose rematado la gruesa de diezmos de dicha villa y su jurisdicción en el Capitán de Dragones Don Pablo Grande Suárez y Administrador del Real Ramo de Tributos para solo este año...”* Entre ellos *“...han tratado mutuamente venta y compra del partido del pueblo de Patate, según y como ha sido costumbre y lo han tenido con su demarca-*

ción antigua...en la cantidad de 500 pesos por este dicho año...”.² Remataron en precio de lo que valía una negra paridora.

Estamos ante los rematistas de impuestos que, como se ve, compraban (o remataban) pueblos enteros con la condición de que el comprador *“haya de obligarse con seguro bastante a favor de las Mesas Episcopal y Capitular...”*³ porque era la iglesia a la par que el poder político, una sola cosa, de cuya experiencia y modelo se sigue tomando para estas épocas neocoloniales redefinidas como modelo concesionario, privatizador, de alianza estratégica o de apertura de inversiones que se han hecho investigadamente, con cálculos especiales, para favorecer a determinadas familias que controlan la política, la ideología y demás ejes del poder en nuestra contemporaneidad, y que es más, son los descendientes de las mismas familias coloniales, en muchos casos, las que ahora *“ejercen la democracia”*.

El Capitán Don Pablo Grande Suárez *“...por lo que a sí le toca vende el expresado a Don Santiago Jiménez...todos los frutos y efectos diezmales que provengan en este año íntegro desde 1 de enero hasta el último de diciembre en el referido partido de Patate, para que como comprador los haya y reciba y cobre, según práctica e inmemorial costumbre y de su venta y reducciones, disponga como cosa propia, salvo el valor de este contrato...”*⁴

Don Santiago Jiménez ha conseguido para que sea su garante, a Don Ramón Punte. En la escritura se dice que entre los dos se obligan a pagar *“a la mesa episcopal y capitular la ya referida cantidad de 400 pesos puestos y entregados en moneda usual y corriente, a razón de 200 pesos cada 6 meses en manos del señor Colector de Rentas Decimales con más las costas y gastos de la cobranza...”*⁵ De esto deducimos que el garante era más bien un socio que entraba en el negocio; y como se ve en esta escritura, primero se cubren 400 pesos, para luego aliarse con otro socio que también va a tener su tajadita por los restantes 100 pesos.

2 Archivo Nacional-Ambato, Notaría de Nicolás Lagos y Romero, 1.783, folio 1 y siguientes.

3 Ibid.

4 Ibid.

5 Ibid.

Resulta interesante lo que hace Don Ramón Puento, como fiador de los 400 pesos. Hipoteca la hacienda llamada Cushca que tiene en términos del pueblo de Píllaro “*que la hubo y compró del R. P. Fr. Manuel Villalba, de la Orden de Predicadores, con licencia de su prelado en la cantidad de 800 y más pesos...*”.⁶ Para seguridad se hace notar que dicha finca no podrá ser vendida hasta que el crédito esté disuelto. De esto dan testimonio los testigos: Manuel Díaz, Feliciano Bustos y Don Josef Gavilanes.

Como quedaban pendientes los 100 pesos de lo convenido inicialmente, aparece más adelante en la misma notaría un nuevo documento, en 13 de enero, suscrito entre “Don Tiburcio Soria, vecino del pueblo de Patate”, con Don Santiago Ximénez, mediante el cual acuerdan “en tomarle el partido del pueblo de Baños, incluido en dicho partido del pueblo de Patate, como ha sido costumbre, en precio de 70 pesos para este dicho año, según y como lo ha comprado al capitán Don Pablo Grande Suárez, “...en fin entre los dos pagarán los 100 pesos”, pero Baños quedará rematado por 70 a cargo de Don Tiburcio Soria.”⁷

Don Tiburcio por su parte, para garantizar el negocio hipoteca “...*un hato y tierras de montaña que posee en el sitio de Zigñay que vale 500 ps. Y lo había comprado al DD. Josef Jacinto Cáceres, presbítero... Dicho hato y tierras está en términos del pueblo de Patate, y se halla al presente mejorada con 10 o 12 cuadras de caña dulce de Castilla*”.⁸ Ocurre lo propio en cuanto a seguridades de no poder enajenar el predio y lo firman con “*Don Pablo Grande Suárez y los testigos Dn Josef Acosta, Luhis Fiallo y Joachin Ojeda*”.⁹ Lo último que queda por hacer notar de estos negocios jugosos es que con el respaldo de apenas una hacienda, se remataba el rédito de todo un pueblo al que lo extorsionaban para que deje utilidades. (Archivo Nacional-Ambato, Nicolás Lagos y Romero, 1783, folio 1 y siguientes)

⁶ Ibid.

⁷ Archivo Nacional-Ambato, Notaría de Juan Antonio Valenzuela, 1708. El expediente se remite al documento que acabamos de citar y consta replanteado en Documentos del Fondo Gobernación, Tungurahua, 1870 que contiene un largo proceso de reivindicación de tierras.

⁸ Ibid.

⁹ Ibid.

En el ritual de posesión de tierras comunales en Patate-urco y Poatug. 1870

Me imagino el júbilo de los indígenas de Patate-urco y de Poatug, cuando superado el “vía crucis” de 10 años de gestión por Píllaro, Patate, Pelileo, Baños, Ambato, Quito o Riobamba en pos de esa “suplicante justicia” a las autoridades de turno, lograron que las tierras donde ellos se asentaban ancestralmente, fueron declaradas de su pertenencia, sin volver a pagar nuevas tributaciones. Se valieron de un documento de 1708 que lo rastrearon para poder disponer de una copia, y la que ha llegado a mis manos es de 1927, es decir, que ya cumplió 90 años.

Pero las cosas previstas para ese día no fueron tan fáciles. Los dirigentes indígenas piden al Alcalde Municipal que haga cumplir los decretos. Asumió este reto el señor Hipólito Torres, Juez Primero Civil suplente de la parroquia de Patate. Vale preguntarse ¿dónde iría el principal? Los indígenas en su escrito advierten al Alcalde *“queremos que se practique, a fin de que tengan todos conocimiento de la acción que por derecho nos compete y porque nos pongamos todos a cubierto a cualquier ataque que se quiera intentar contra nuestra propiedad”*. Ese viernes 26 de febrero los indígenas estuvieron a las 11 de la mañana buscando al escribano, pero... hasta el último tenían que sufrir, el documento dice: *“siendo notorio la ausencia del señor escribano, nómbrese de actuarios a los señores Ignacio Salazar y Aparicio Quijano”*. Y con ellos subieron al monte, *“y se constituyeron en los expresados anejos a dar posesión a los poseedores de los terrenos de dichos puntos...”*, Y Don Hipólito Torres, *“lo verificó tomándoles de la mano y arrancando hierbas, tirando terrones y haciendo todos los actos que manifiestan una verdadera posesión actual, real dominio, sin perjuicio a terceros”*. Al leer en otros documentos relativos a este mismo tema la forma como toman posesión con el ritual, he encontrado que hasta *“revuelcan en el suelo, ruedan sus laderas”*, es decir, abrazan la tierra, la besan, la sienten suya como lo es la Pacha Mama. Gritan y danzan, y beben la chicha que les da el maíz que es el hijo de su entraña, y se embriagan hasta las lágrimas.

Ese día debieron estar triunfantes, según los escritos de fechas últimas los dirigentes: Marcos Chiliquina, Manuel Guamina, José Changobalín, Juan, Damacio y Manuel Rojana, Manuel Montaguano, de Patate-urcu que significa el cerro del filo de los atis. Y los de Poatug, etimología que tiene que ver con los lobos. Fueron los dirigentes: Isidro Morillo, Santiago Guatumillo, Gaspar Yagloa y Melchor Guambo. Ese día debieron recordar que Marcos Chiliquina tuvo que pagar nueve suplidos en estampillas en Pelileo el 16 de abril de 1869. Se habría conversado cuántos viajes tuvieron que hacer a pie o en burro a buscar en Baños a Don Pedro Ignacio Lizaraburo que nunca se dejó citar para establecer los linderos por el lado de sus haciendas. Las excusas de “su mujer” doña Inés Lasca no dieron resultado porque los indígenas hicieron declarar al Juez de Baños don Domingo Barriga: “no pude hacer la citación... porque es mi compadre espiritual”. Ese día habrán comentado que el Juez Letrado Don Ciro Peñaherrera también se excusó de asistir a la causa y tuvo que enfrentar el asunto Don Pablo Vásquez. También tuvo que excusarse el alcalde municipal de Pelileo Miguel Villena.

Ese día habrán recordado que quien inició la causa fue Francisco Changobalín, de la doctrina de Patate-urcu en Píllaro un 2 de septiembre de 1860 ante Manuel Granja que era Alcalde Primero Municipal. Otros nombres de indígenas dirigentes que constan en el expediente son Manuel Vargas, Santos Aisaquilago, Benito y Melchor Landa, Mariano Crespo, Raimundo Chiliquina, Juan Pío Plaza, a uno de cuyos descendientes conocí en Patate-urcu por el año 2000, anciano ya, hablante de quichua y con rostro blanco donde estaba la sangre de algún patrón. Figuran también José Manuel Quishpi, Manuel Sigüi, Martín y Tomás Chiliquina. Quedan estos nombres recogidos de, y para la historia profunda. Aunque, a decir verdad, este es uno de los capítulos que tuvieron que librar en contra de los opresores de turno, puesto que unos 50 años más tarde, se repetirá la espiral con otros protagonistas.

Las voces del silencio

Hay palabras que están empacadas, guardadas en estanterías. Llevo media vida minando en esas canteras de reciclajes de las sombras. He tomado un raro gusto por las cenizas prohibidas. Más solo que nunca me enfrento a los ventisqueros y a las avalanchas polvorientas como un buscador de tesoros, mientras los gallinazos me graznan y predicán que sigo perdiendo el tiempo en mi locura de desocupado.

Las calaveras, desde apelmazados anaqueles, me gimen al oído sus pasiones. Algunas larvas engordadas con tiniebla, amparadas en que natura no les ha hecho con ojos, se relamen los huesos de la tinta y de los sellos reales engrasados con lacre. Descubro en largas firmas a importantísimos personajes que guardan todavía la risa de sus perversidades despiadadas. Me doy cuenta que la sedición no es cosa de forma sino esencia de la vida. Ciertas polillas huyen de mis dedos ácidos y los hijos generacionales de los descarnados me echan maldiciones y conjuros porque no saben cómo tapar la boca a sus nobles calaveras que solo hablan conmigo en un lenguaje cómplice, con la ventaja del destiempo. Muchas ocasiones me encuentro todavía con verdugos intactos buscando entre las sobras algún cuello para decapitar a quien quiera, argumentando que son cosas del destino. Solo a mí me relatan sus verdades escondidas para alivianarse el peso de sus conciencias, mientras sincerándose en el final de su ceniza, me dicen que anhelan dormir tranquilizados, cobijados, inevitablemente, con la esperanza de encontrarse con nuevas formas de experimentar orgasmos con la muerte.

Aprender a leer los garabatos de los archivos, eso que disciplinariamente se llama paleografía, es lo más importante que me ha ocurrido en la vida, diré ahora, rememorando y parafraseando el discurso de Vargas Llosa al recibir su Nobel en 2010. Quienes no saben de su pasado y de sus ancestros, que dicho de mejor manera son nuestros en todos los sentidos, son hijos de la ceguera. Tantean el mundo y sus apetencias, muchas veces con bastones prestados; huelen por las narices ajenas y oyendo los engaños caminan por el

mundo y viven inconsciente y desperdiciadamente toda una existencia de ignorancias.

He aprendido a ir al principio acompañando a Sísifo por nuestras propias montañas. Cada día aprendo las primeras letras en una escuela en donde los maestros se han huido abandonando los legajos malditos. El hijo único de la orfandad tiene que enfrentarse a sí mismo si quiere sobrevivir después de los desbordes de Prometeo. Quiero olvidarme de Juan Salvador Gaviota cuando trato de sacar en limpio historias de carroña.

Quiero pensar que una cosa es la muerte de los huesos y otra la muerte de las palabras. No se imaginan cuántos espíritus insepultos me buscan para contarme sus historias. Tengo la gran ventaja de que soy querido por las almas en pena a lo largo de todo un continente. Tengo la ventaja de haber bajado a muchos purgatorios tan solo con la silenciosa sombra de Dante enmudecido. También he subido a los infiernos a reconocer genealogías de perversos y cretinos que buscan la lumbre aureolada que produce lo podrido. Ahora mismo he venido a contarles en un libro lo que me han dicho tantas almas pululantes que como mariposas revolotean ante la luz de sus propios huesos encendidos con el fuelle de mi aliento.

¿Quieren una revelación? Creo que ahora es el momento, porque siento que mi espíritu está titilante en su epifanía. Yo no soy el que me ven y se imaginan que parezco ser. Yo soy un cementerio que habla. Soy una tumba destapada por donde aparecen parientes que abandonaron esta vida. Si dudan, huelan mis transcripciones y encontrarán ese aire guardado que tienen las catacumbas bajo el altar mayor, las del quicio de la hacienda; pero sobre todo, el olor inconfundible que tienen las calaveras de los desamparados de la suerte. No soy el que habla, sino el que grita de prestado con las impotencias de los caídos en las quebradas, de los ahogados en el lodo de la infamia, de los silenciados con las piedras metidas en sus bocas y con las miradas perdidas de los gritos de justicia en sus ojos muertos.

Dentro de mi pecho están reprimidos los gritos de los pobres de solemnidad obligándome a volverles a la vida. Por ahora, el agua no está en mis ojos. Están las lágrimas de fuego de quienes nunca

fueron al paraíso a pesar de las ofertas de la fe y de tanta prédica que practica la hipocresía del poder. Si un día se les ocurre abrir mi pecho, tendrán que enfrentarse al avispero de los marginados caídos en la hojarasca. Esa es mi utopía que lucha contra quienes han salido al mundo con sus mangueras alimentadoras de incendios enorgulleciéndose de sus actualizaciones atópicas a combatir a supuestos adversarios. Esos son los agujijones que han alimentado sus almas con la esperanza de fugarse de sus reveladoras muertes.

No sé si estoy en guerra con la vida o con la muerte. Lo dirán ustedes. Patate es Patate, y Comala es Comala. Rulfo camina conmigo desde hace rato alentándome a no tener miedo a las calaveras redivivas que me sacan sus lenguas y siguen armando sus solemnidades en sus salones de apoteosis y riéndose de lo que han concretado en sus mezquindades, negándome los espacios repletos de sus aristocracias podridas que llevan el nombre de sus ciudades.

Por ahora, Patate me significa la catedral solemne de espacio abierto donde he venido a dar vuelo a mis palabras. Gracias por ello a la bondad de su gente. Gracias a la Academia Nacional de Historia que ha insistido en que me integre a luchar por las sendas controvertidas de la oficialidad de la memoria. Correspondo con igual indiferencia ante quienes me han ignorado embelesados en sus poderes fatuos por no poder corresponder a su necesidad de adultos. Mis historias no tienen ni tendrán que ver con el miedo a la verdad tapada. Me quedan muchas fuerzas para luchar contra las opulencias que también terminan en las canteras del desprecio. No avizoro enemigos por mi senda, sino solo rumores de desesperados por figurar en la página social de los acomodados.

Gracias a todos quienes tienen que ver con mi vida, a mis familiares y a mi esposa; a los que me han dado y siguen dando fortalezas; y ahora, a quienes han sido y serán testigos de este acto que también se inscribe en la historia de esta Patria.

Patate, 1 de Septiembre de 2017

Bibliografía

ARCHIVO NACIONAL-AMBATO, Notaría de Nicolás Lagos y Romero, 1.783, folio 1 y siguientes.

ARCHIVO NACIONAL-AMBATO, Notaría de Juan Antonio Valenzuela, 1708. En: Documentos del Fondo Gobernación, Tungurahua, 1870, proceso de reivindicación de tierras.



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

Forma sugerida de citar este artículo: Reino Garcés, Pedro, “SENDEROS HISTÓRICOS DE PATATE”, *boletín de la academia nacional de historia*, vol. XCV, N°. 198, julio – diciembre 2018, Academia Nacional de Historia, Quito, 2017, pp. 230-241.